



Cristina Maristany, escritora

Los gitanos

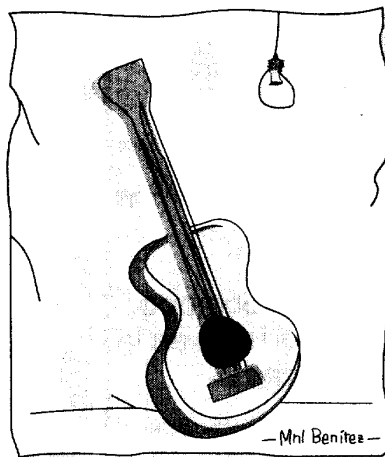
Hay una película espléndida, «El extranjero loco», de Tony Gatlif. Es la historia de un joven que recorre todos los poblados gitanos de Rumanía en busca de una música, una música obsesiva, bellísima, que le había dejado su padre antes de morir. La cinta de la canción de Nora Luka es el objeto de este viaje en pos de una quimera jamás encontrada.

El protagonista se traslada, tras muchas peripecias, a vivir con los gitanos y descubre el maravilloso mundo que ellos, sólo ellos, tienen. Expresan toda el alma y el sentimiento en su música, es la creación permanente en estado puro. Es un pueblo que canta y baila cuando está alegre y cuando, desesperado, entierra a sus seres queridos. El llanto y la risa, el desgarrar, todo cuanto le sucede, lo convierten en una música de fuerza inigualable. Rezuman espontaneidad, es imposible repetir la danza, bailar como la vez anterior, todo depende del estado de ánimo. La libertad y la improvisación forman parte del alma gitana.

La convivencia de ese joven en la tribu pasa por momentos divertidos, le aceptan y se ríen de él al mismo tiempo, pero no le dejan marchar. Él lo intenta cuando descubre que hay una puerta cerrada en la que no podrá entrar. Le quieren, le enseñan sus costumbres, pero siempre hay un momento en blanco, cuando insiste una y otra vez sobre la canción de Nora Luka, entonces, el silencio es total. Su tenacidad hace que le conduzcan a diversos lugares en la búsqueda de esa música, pero, cuando ya parece que va a alcanzar la meta de su viaje, otra vez vuelve al principio pues la música es fantasmagórica, desaparece y se diluye en la nada.

Poco a poco va entendiendo el alma de esos nómadas que le han acogido y, casi sin darse cuenta, en algunas ocasiones actúa como sus anfitriones. Una noche, en un bar, rodeados de risas, bailes y pasiones, de golpe, ella, la gitana sensual que le provoca y acaricia con la que vive una hermosa historia de amor, comienza a cantar una maravillosa canción. Él cree enloquecer, por primera vez escucha Nora Luka, la misteriosa música de su padre. La canción es bellísima, y la forma de cantar estremece. Ahora sí, ha llegado el momento de que pueda escucharla, ahora él es uno más en la tribu, está totalmente integrado con ellos. Ahora ya está preparado para oír Nora Luka.

Hay otra película que yo me resistía a ver, imaginaba —como así es— que era un canto del llamado mundo libre, el norteamericano, y un ataque feroz a la Unión Soviética, eso me condicionaba ya que estaba —y estoy— harta de los panfletos «políticamente correctos». Un día, casualmente la vi, su título «Noches de sol», la música de Vissotsky, bailada por Mikhail Baryshnikov es la música y el baile más impresionante que se ha visto nunca. La he contemplado muchísimas veces y siempre me ha hecho llorar. Todo ocurre en el Teatro Kirov, vacío, ante una única espectadora, su ex novia, también bailarina. Es una danza desgarrada que produce un escalofrío de la cabeza a los pies. Nadie puede bailar así. Supongo no hará falta decir que el título de la canción de Vissotsky es «Variaciones sobre temas gitanos».



En Madrid, en la M-30, el admirado arquitecto Sainz de Oiza construyó un espantoso conjunto de viviendas destinadas a los gitanos (esa opinión mía, como tantas otras, no es compartida por la mayoría). Es una inmensa cárcel, y contemplándola se siente el peso de las rejas tras sus muros. He de decir que nunca he estado en su interior, me produce un rechazo visceral, tal vez mirándola desde dentro sea menos horrible. Hace años que yo no vivo en Madrid por lo que desconozco cómo se encuentran allí sus habitantes... o si se han fugado ya de esa prisión. Tal vez sea yo la equivocada, pero no creo que la sensibilidad del alma gitana pueda sobrevivir en ese lugar. Acostumbrados a dormir bajo las estrellas, libres, completamente libres, ese recinto carcelario es la vivienda

menos indicada para ellos.

Nómadas, sin ataduras, de personalidad arrolladora y creativa, los niños aprenden a bailar antes que a andar, y los viejos son viejísimo sabios que continúan bailando, cantando y filosofando en sus trashumancias por el universo. Nadie ha podido, ni podrá jamás, domar a la raza gitana. Es otro mundo, un mundo auténtico que, tal vez, por esa autenticidad asusta tanto al autoproclamado mundo civilizado.

Libres como los pájaros, comparten entre todos penas y alegrías; son enormemente solidarios. Al alba desaparecen silenciosamente del lugar donde habían acampado y emprenden una nueva ruta, esa que nada sabe de rumbos ni destinos.

En Rusia se conserva un inmenso amor a los gitanos, se les ve como un pueblo que lleva la fiesta allí donde va. Son músicos desde que nacen. Su origen, como su vida, es un misterio eterno. Intuitivos, esa música surge de lo más profundo de su corazón, su sola verdad musical.

Siento la hondura del alma gitana. Anoche estuve escuchando un disco maravilloso «Russian Gypsy soul». Todavía me envuelve el recuerdo de esas canciones y de sus impresionantes intérpretes, entre otros: Loyko, Victor Busilyov, Nicolai Erdenko, Ilo Sergei Erdenko, Lilya Limanskaya, Valentina Ponomareva, Alena Basilyova, Esmeralda Erdenko, etc... Un disco absolutamente mágico.

Me dispongo a comenzar la mecánica repetición de nuestros actos cotidianos y a sumergirme en la incomunicación humana absolutamente pavorosa. De repente, un sonido familiar me provoca inmensa ternura. Son los músicos callejeros que suelen pasear por mi calle, los gitanos con música y tarima, aunque aquí, en este barrio, no les acompaña la cabra. La alegría me invade y salgo de mi casa pletórica de vida. El contraste de ellos y los tristes transeúntes con los que me cruzo es delicioso. Me sumerjo en la vorágine de la caótica ciudad contagiada de la alegría de su libertad. Pero debo confesarlo, añoro mucho a la cabra, siempre pensé que si mi situación económica se deteriorara acabaría uniéndome a ellos, no sé si tocaría la música, pasaría el plátano o cuidaría la cabra, sólo sé que sería libre, contemplaría la luna y las estrellas, y volvería a integrarme en la naturaleza. Brindo por esa raza ancestral de seres indomables, libres como el viento, los gitanos.